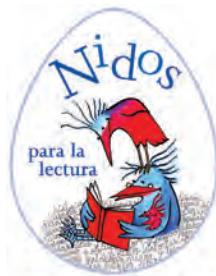




# Benjamino



loqueleo

MARÍA TERESA ANDRUETTO

Ilustraciones de CYNTHIA ORENSZTAJN

Benjamino

## A los lectores...

Esta historia viene desde muy lejos. Quizás una abuela piamontesa se la contó a su nieta y esa nieta se la contó a sus hijos, y es posible que así, viajando de voz a voz, haya salido de Italia, surcando el mar y las tempestades, hasta quedarse guardada en el corazón de una niña que se nutrió con historias y luego se convirtió en escritora.

Así son las historias de la infancia: palabras que viajan, ensartadas en las voces que nos aman y que se quedan guardadas en lo más profundo de la memoria. Cuando la vida es tan nueva y nos sentimos del tamaño de Benjamino, las historias transportan los ecos de quienes tienen más experiencia y nos ayudan

a descifrarnos en ellas. Quizás aprender a leer es descubrir que llevamos en nuestra voz las voces de otros: que somos parte de una cadena y que, cada vez que abrimos un libro, asistimos a un encuentro con los que han dejado en la lengua su acento y sus emociones.

Nadie mejor que María Teresa Andruetto para enriquecer esos encuentros literarios entre niños y adultos, que son cruciales para quienes comienzan a explorar los secretos de la lengua escrita. Esta poeta y narradora argentina, nacida en Arroyo Cabral, Córdoba, ha dedicado su vida a la escritura y ha transitado por diversos géneros y por distintas edades. En 2010 obtuvo

el Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil y en 2012 ganó el Premio Andersen, el más importante en el ámbito de los libros para niños.

Benjamino es una joya de la literatura tradicional, vuelta a contar con sencillez, humor y belleza. Las imágenes de la ilustradora argentina Cynthia Orensztajn le imprimen un toque contemporáneo a la historia y ahora solo falta una voz adulta para nutrir a esos nuevos lectores que seguirán hilando la trama, mientras inventan su historia.

**Yolanda Reyes**  
DIRECTORA DE LA COLECCIÓN

*A la nonna Felicitas*



**En los cuentos, como en la vida, siempre  
hay lobos y hay corderos.**

**DICHO PIAMONTÉS**



Había una vez una madre que tenía un hijo tan pequeño  
que podía vivir dentro de una cáscara de nuez.

Lo llamaban Benjamino, que quiere decir  
el más pequeño.







Cada día, la madre despertaba a Benjamino  
y lo mandaba a cuidar las tres vacas que tenían:  
la Blanca, la Negra y la Manchada.

Cierta vez, Benjamino llevó las vacas al campo, y comenzó a llover. Entonces, buscó reparo debajo de unos tréboles y se quedó dormido. Y la vaca Negra, comiendo las hojas de los tréboles, se comió también a Benjamino.





Al ver que no regresaba, la madre fue a buscarlo.

Vio, en el campo, las tres vacas y lo llamó:

—¡Benjamino!  
¡Benjamino!

Hasta que una voz que parecía venir desde muy lejos, gritó:

—¡Aquí estoy, mamá!

—¡¿Pero dónde, hijo?! —preguntó la madre.



—¡Aquí! ¡En la panza de la Negra!





La madre juntó las vacas, las llevó al establo y les dio de comer, hasta que la vaca Negra hizo caca y Benjamino salió con ella. Después, mandó al hijo a lavarse en el arroyo.





Mientras Benjamino se limpiaba la caca, apareció el lobo. Benjamino pensó qué podía hacer para salvarse, hasta que se le ocurrió decir:

—No me comás, lobo. Yo te llevaré a un lugar donde hay leche, porque la leche es mucho más rica que yo.





El lobo pensó en lo que había dicho Benjamino y decidió seguirlo. Tomaron los dos por un sendero y caminaron hasta la casa de una mujer llamada Dorita.

Cuando llegaron, Benjamino le dijo al lobo:

—Esperame afuera, lobo.  
Yo paso por el hueco de la  
cerradura y luego te abro  
la puerta para que tomés  
toda la leche que quieras.





El lobo se quedó pensando mientras Benjamino, tan pequeño como era, se metía por el hueco de la cerradura. Pero una vez adentro, en lugar de abrirle la puerta al lobo, Benjamino se escondió en una bolsa de azúcar. En ese momento escuchó el sonido de unas llaves: era Dorita, que entraba a la lechería con su vestido de flores azules.

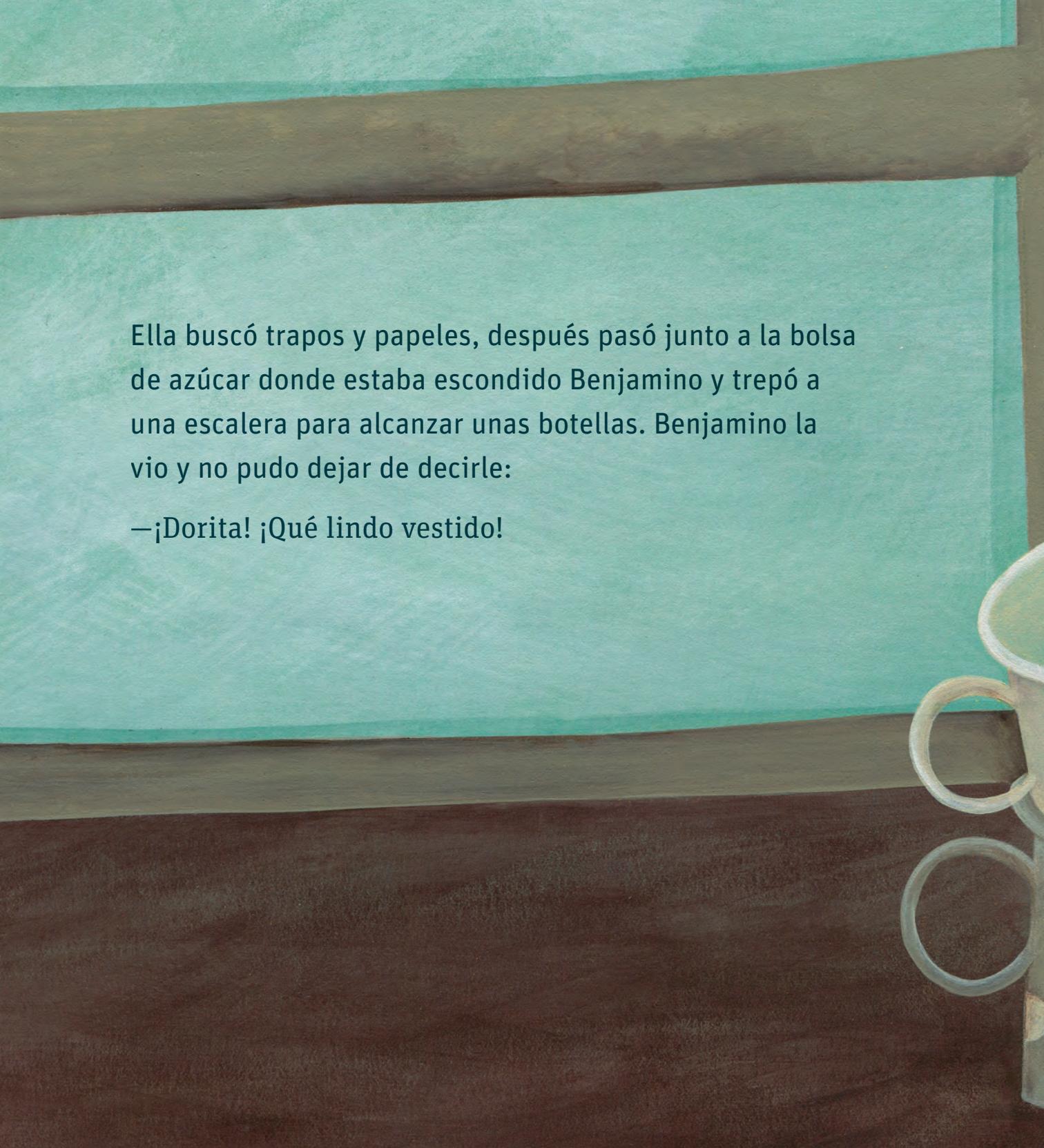






Ni bien Dorita abrió la puerta, el lobo se metió en la lechería y, en menos de lo que canta un gallo, robó un tacho de leche y se lo bebió de un periquete. Hizo todo eso sin que Dorita se diera cuenta.





Ella buscó trapos y papeles, después pasó junto a la bolsa de azúcar donde estaba escondido Benjamino y trepó a una escalera para alcanzar unas botellas. Benjamino la vio y no pudo dejar de decirle:

—¡Dorita! ¡Qué lindo vestido!



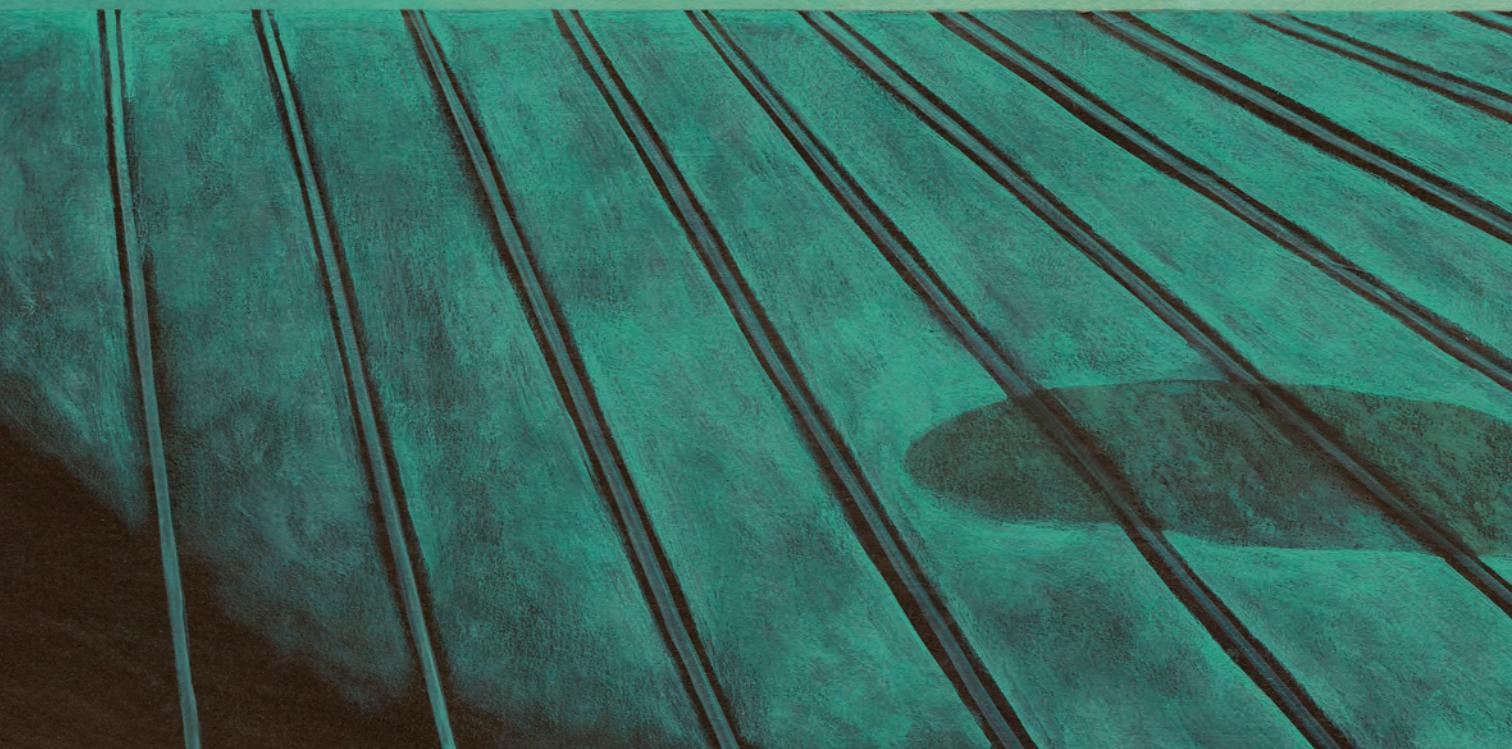
AZÚC



Dorita escuchó esas palabras, pensó que se trataba de un fantasma y escapó, dejando la puerta abierta.



Benjamino miró hacia un lado y hacia otro y al ver  
que el lobo había desaparecido, salió de la lechería.  
Pero el lobo estaba afuera, esperándolo.





Benamino pensó qué podía hacer para salvarse y se le ocurrió algo:

—No me comás, lobo. Yo te llevaré a un lugar donde hay gallos ricos, porque los gallos son mucho más ricos que yo.





Y lo llevó hasta un gallinero próximo.  
Apenas entraron al gallinero, el lobo  
agarró un gallo.

En ese momento apareció el dueño  
del gallinero y el lobo y Benjamino  
tuvieron que escapar hasta un  
bosquecito de manzanas que  
estaba próximo.

Ya en el bosquecito, el lobo  
tenía al gallo entre los dientes,  
pero aún no había empezado  
a comérselo.

